

VIVE L' AMOUR

Entre los objetos, ni muchos ni harto preciosos, que componen mi humilde colección de curiosidades, hay uno que tengo en singular estima, por los motivos que en este artículo verá el lector. Es una ágata de sortija, ovalada y casi redonda, semitransparente, de color de rosa pálido, y en cuya tersa superficie, rodeando por la parte superior á una gentil figurilla de Cupido, que, sin aljaba y en actitud pacífica, apoya en las hierbas del suelo uno de los extremos del arco con que tanto bien y tanto mal ha hecho en el mundo, hay unos caracteres que, leídos de derecha á izquierda, porque están grabados al revés para que salgan como es debido cuando se estampan en el lacre, dicen: "VIVE L' AMOUR."

La mencionada piedrecita, que es grandezuela, como para el dedo anular de un hombre fornido, ni por su materia ni por la habilidad que denota su grabado puede considerarse como cosa de más

que mediano mérito. Además, está rota en dos pedazos y yo los hice juntar en nueva sortija; pero bien se echa de ver la rotura, que en el más pequeño de entrambos separó del resto, además de un ala y un pie del Amor, las tres primeras letras de la sobredicha exclamación erótica.

Es, pues, otra particularidad, y no su valor ostensible, la que hace digno de especial estimación este trocillo de cuarzo: su procedencia. Desengastado y roto, tal como habrá unos veinte años vino á mi poder, lo encontró un muchacho en la calle de la Montera, la mañana del 3 de Mayo de 1808. Tuvo guardada con mucho aprecio esta piedrecita un curioso, á cuyas manos pasó desde las del niño, y, tiempo andando, por título gratuito, en las mías vino á parar.

Evidentemente, en la sangrienta jornada del 2 de Mayo la perdió su dueño, un francés del ejército invasor, y entonces, pisoteada en el tumulto, hubo de desengastarse y romperse. Y aun quizás aquel robusto soldado, acaso oficial del gran ejército napoleónico, perdiera en aquel día, al par que su anillo, otra alhaja mucho más preciosa, la propia vida, como en castigo de que, llevando sobre sí una gráfica exhortación al amor, que es generosa piedad, obedecía y practicaba sanguinariamente los mandatos del odio...

No hay en el mundo elocuencia tan reveladora y persuasiva como la de las cosas mudas. La meditación, por un hilo invisible, las liga estrechamente á nuestro entendimiento y á nuestra fanta-

sía, y el uno y la otra, por no sé qué portentosa magia, adquieren tal intuición y tal clarividencia, que la verdad más acrisolada y depurada con las pruebas mejores no merece de nuestra alma tanta fe como lo que así averiguamos y conocemos. Por esto he dicho en otro lugar: "Hay, sin duda, un arte de comunicar con las gentes, tal como al través del espacio, al través del tiempo que pasó. La imaginación sabe y practica esa arte maravillosa, cuando encuentra por auxiliar suyo un entendimiento cultivado; y así, contemplar por medio de ella á los que vivieron muchos años ha es punto menos fácil que contemplar por medio de la memoria á las personas con quienes conversábamos cuando adolescentes."

Prenda de amor debía de ser la sortija en que estuvo engastada tal piedra: de un amor correspondido y reposado; de ese amor que confía y sabe esperar y que, lejos de maldecir por férrea la cadena con que Cupido aprisiona las almas, bendícela como á suave guirnalda de flores. Allá en no sé cuál departamento francés, en no sé qué escondido rincón de una ciudad, de una aldea, ó de un campestre caserío, había quedado un alma enamorada y triste, contando por siglos las horas de ausencia del soldado guerrador, confiando en él, esperando con oraciones su vuelta y exclamando como él, y como, con sus mudos caracteres, la piedrecilla grabada: "VIVE L' AMOUR...!" ¡Inútil esperanza! El soldado, á quien obligaba á ser

asesino un general que era la crueldad y la perfidia personificadas, pereció en la empresa...

.....
Pereció el amante; perecen los hombres. Mueren los sembradores, y no la semilla. Lo que en la sortija del soldado francés era un tributo á la alegría del vivir, á la hermosura, á la amorosa constancia de la joven que aguardaba triste en remotas tierras, era, á la par, un símbolo y una profesión de amor más amplio y desinteresado: del amor que debe unir á todos los hijos de Adán. Aquella bienhechora semilla estaba en el corazón de los franceses, y germinó más tarde.

¿Cómo germinó...? Acordaos de nuestras grandes desdichas; de las espantosas inundaciones de Levante. Acordémonos del *Paris-Murcia*. Murió el soldado invasor de antaño; pero prevaleció y vive el símbolo generoso de esta reliquia mía que fué suya:

"VIVE L' AMOUR!"

(A B C, 2 de Mayo de 1908.)

ENTRE HIDALGOS

Algo tienen de bueno las adversidades, sobre doctrinar y amaestrar más bien que los sucesos prósperos: que acaban, ó acaban; quiero decir: que se acaban ellas, ó acaban con quien las padecía. No dió al través con nuestra independencia nacional la formidable invasión francesa de 1808; al contrario: acabó España con ella y con el efímero reinado de un intruso, y derramando sangre generosísima en aquella prolongada lucha, nuestros soldados y nuestro pueblo escribieron heroicamente el prólogo de aquella gran tragedia denominada Waterlloo; lección elocuentísima, demostradora de que las pompas humanas pasan *velut umbra*, y de que nadie es grande sino Dios, que humilla á los soberbios y exalta á los humildes.

Pero á estado tan lamentable nos habían reducido en aquel tiempo una infinidad de concausas, que toda nuestra ansia de independencia no nos

hubiera dado el triunfo en el breve período de seis años, á no contar con el auxilio de Inglaterra, y, especialmente, con el de un inglés, notabilísimo por su talento militar, por su valor, por su constancia, por su singular modestia, y, en resolución, por su bizarra hidalguía, pues aun siendo tan relevantes aquellas prendas, esta última descollaba gentilmente entre todas.

No voy á recordar las proezas que el general Arturo Wellesley, el lord Wellington, como aquí le llamaban, hizo en aquella guerra famosa; son harto conocidas, y su sola enumeración excedería de los límites de este ligero apunte. Mucho más humilde es mi propósito, como verá el lector. Wellington, que, aún no cumplidos los cuarenta años de edad, vino á España en 1808 mandando la división que nuestras juntas patrióticas habían pedido á Inglaterra, se hizo desde luego célebre: sus admirables hechos de armas le granjearon universal renombre, y el pueblo adoraba á quien tan gallardamente se desvivía por combatir y derrotar á los invasores. El combate de Talavera, entre otros, la toma de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, la batalla de los Arapiles, importantísima por sus consecuencias, habíanle dado una aureola tal de gloria, que rayaba en adoración la vehemencia con que las gentes le admiraban. Bien lo demostró Madrid en el fervoroso entusiasmo con que le recibió el día 12 de Agosto de 1812.

Mas este gran soldado, que así sabía ganar los laureles, era enemigo de recogerlos y lucirlos

entre manifestaciones estruendosas del popular aplauso, raro y notable mérito del orden moral, que más y más le enaltecía á los ojos de las muchedumbres. Véase lo que sucedió, por lo que toca á su recibimiento en Sevilla, al mediar el mes de Enero de 1813. Con noticia de que el ya á la sazón Duque de Ciudad Rodrigo, acabado de nombrar generalísimo de los ejércitos nacionales, había de salir de Cádiz para ponerse al frente de ellos y continuar su gloriosa campaña, el Ayuntamiento de Sevilla le preparó un recibimiento digno de tal huésped, y de tal ciudad, acordando en su cabildo de 4 de Enero lo necesario para que todo se hiciese "conforme á la demostración y obsequio que debe tributar el Excmo. Ayuntamiento á nombre de Sevilla á tan ilustre Jefe, *sin limitación de facultades*". Y como era de temer que Wellington, por su extremada modestia (tal, que en toda su correspondencia de aquel tiempo no usó, ni tan sólo una vez, la palabra *gloria*), quisiera pasarse de secreto, la Ciudad envió á uno de sus escribanos para que, al par que lo cumplimentara en el camino, avisase acerca de su llegada, y, en efecto, la anunció desde Utrera en la mañana del 11, por medio de un posta. Recibido este aviso, pusiéronse sobre las armas las tropas de la guarnición, acordonando la carrera desde la Puerta Nueva hasta la calle de la Laguna (hoy de Castelar), en donde se le había de alojar regiamente. Pasábanse las horas sin que llegase el famoso Ge-

neral, y ya bien entrada la noche, se retiró la tropa y se descolgaron las calles.

"Pero sospechando mucha gente de la ciudad—añade don Félix González de León en su inédita *Crónica de Sevilla*—que el Lord se había detenido á propósito para entrar de noche y evitar los aplausos y aclamaciones, se fueron muchos á la Calzada de la Cruz del Campo, resueltos á esperarlo, y los artilleros que estaban preparados para hacer la salva, por orden de sus jefes se llevaron los cañones á los Caños de Carmona, para que no se pudiese entrar sin ser visto, porque sospechaban lo mismo que el pueblo. Sospecharon bien: á las siete y media de la noche llegó Wellington á la Cruz del Campo; inmediatamente la gente que lo esperaba prorrumpió en aclamaciones y encendieron multitud de hachas de viento para que todos lo viesen. Á los *vivas* acompañó la salva; al oirse las salvas, empezaron los repiques y luminarias de la Catedral; á la Catedral siguieron las parroquias, y á los repiques se siguió la iluminación general en toda la ciudad y el juntarse un inmenso pueblo en los sitios por donde debía pasar el admirado inglés. Entró en Sevilla en coche, entre millares de luces y repetidas aclamaciones; á la puerta de su casa estaba la música marcial. Para satisfacer más la curiosidad del pueblo, salió al balcón, á fin de que todos lo viesen.

"Inmediatamente después fué á cumplimentarlo una diputación del Ayuntamiento, que salió de sus Casas Capitulares, compuesta de la música,

cuatro ministros, los maceros, dos regidores y un alcalde constitucional, que lo fué el Marqués de Íscar, un escribano, un sustituto y seis lacayos con hachas de cuatro pabilos: en esta forma fué y volvió por la calle Tintores. Las casas de Cabildo estaban iluminadas y había un concierto. El Triunfo del Arenal lo iluminaron los vecinos con muchas candilejas, y el puente lo adornaron con muchas banderas y gallardetes y lo iluminaron.

"Después de haber cenado y recibido á la diputación de la Ciudad, fué el Lord á la comedia á pie, yendo delante una música marcial y rodeado de hachas de cera. Á la entrada en el teatro lo recibió la diputación de la Ciudad con seis hachas de cuatro pabilos, y le acompañó hasta el palco preparado, que estaba adornado con un espejo y guirnaldas de flores. El teatro estaba iluminado y colgado, y se hizo la comedia *Si una vez llega á querer, la más firme es la mujer* (1), *boleras de el caballo*, el baile *El barbero de Sevilla* y el sainete *Don Ciroteca*. Concluida, se retiró el Lord á su casa en coche, acompañado de muchos con hachas de viento para obsequiarlo. Esta fué la entrada, y el empeño y entusiasmo que tomó Sevilla en obsequiar y agradecer al Lord y su nación inglesa los servicios que había hecho por España en la presente guerra."

Así lo dice González de León, añadiendo que el

(1) De Cañizares.

Generalísimo, á las siete de la mañana siguiente, vió muy de prisa la Catedral "y salió de la Ciudad para el Ejército". Pero el prolijo cronista hispanense omitió en su relato, sin duda porque le atribuyó poca importancia, lo que para hoy es más curioso é interesante: lo referente al regalo que hizo la Ciudad á aquel su perínclito huésped, que cinco meses después, con la batalla de Vitoria, había de poner fin á la invasión francesa, y que dos años más tarde había de aniquilar en Waterlloo la soberbia del Gran Capitán del Siglo. Honrando á un tiempo mismo el nombre de España y la exquisita hidalguía de Wellington, desfacedor de nuestros agravios, enderezador del criminal entuerto que nos habían hecho unos descomedidos malandrines, la ciudad de Sevilla le ofreció, en magnífica bandeja de plata, un ejemplar ricamente encuadernado de la hermosa edición académica (1780) de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

(*Dos de Mayo*, número único, publicado por el Círculo de Bellas Artes de Madrid.)

XXXIV

PÉREZ PASTOR

La muerte del muy docto y muy laborioso presbítero don Cristóbal Pérez Pastor, acaecida en Horche (Guadalajara) á 21 del mes pasado, ha sumido en honda tristeza á los verdaderos amantes de nuestra literatura nacional. ¡No hay para cada día, á buen seguro, un hombre como este que hemos perdido! Elevado en las miras, prudente en los juicios, perspicaz en las conjeturas, perseverante como pocos en el trabajo, con un caudal vastísimo de sólida erudición, toda de primera mano, y no cosechada á dos por tres, como ahora se estila, en los diccionarios enciclopédicos, Pérez Pastor ha prestado relevantísimos servicios á nuestra bibliografía y á nuestra historia literaria. Su elección para académico de la Española (Noviembre de 1905), más bien que pago de una deuda de honra fué mero reconocimiento de ella; que ¿quién puede finiquitar cuentas en cuyo cargo figuran alhajas de tan extraordinario mérito

como la hermosa coleccion de *Documentos cervantinos*, buscados, hallados, estudiados y sacados á luz por el modesto capellán de las Descalzas Reales?

Que á los hombres, como á los árboles, se les conoce por sus frutos, cosa es que está dicha en el Evangelio. Y los frutos de este hombre bueno, afable y trabajador fueron, amén de sus buenas acciones y de su ejemplar conducta, que le granjearon la amistad de muchos y la simpatía, el respeto y la admiración de todos, hasta una docena de libros que perdurarán celebrados mientras viva la cultura española.

Sus catálogos bibliográficos, justamente premiados en los concursos públicos de la Biblioteca Nacional é impresos á expensas del Estado, le acreditan como digno sucesor de don Bartolomé José Gallardo, segundo padre de la Bibliografía Española, á la cual sacó de mantillas el insigne hispalense don Nicolás Antonio. Así en *La Imprenta en Toledo* (1887) y en *La Imprenta en Medina del Campo* (1895), como en los tres volúmenes publicados de la *Bibliografía Madrileña* (1891, 1906 y 1907), nadie, por descontentadizo que sea, echara menos nada de lo que ahora puede y debe pedirse á un buen bibliógrafo: ni la puntual exactitud en las transcripciones y descripciones, ni las provechosas advertencias acerca de la historia del libro, dando resueltas las dudas que se ofrecían sobre tales ó cuales particularidades, ni la indicación, copia muchas veces, de sus noticias y

pormenores más curiosos, ni cien peregrinos documentos hallados por Pérez Pastor, ya referentes á la impresión de las obras mismas, ya tocantes á la vida de sus autores, ó de los impresores que las sacaron á luz. Además, en las papeletas bibliográficas de Pérez Pastor siempre se indica en qué biblioteca pública ó particular vió el libro que describe, indicación utilísima, por cuya falta algunos catálogos bibliográficos, que Dios confunda, hacen perder el tiempo y la paciencia en búsquedas infructuosas al malaventurado que ha menester consultar una obra de las allí descritas.

Otro grupo entre las de Pérez Pastor forman las de carácter biográfico, para cuya publicación halló editor generoso en el Marqués de Jerez de los Caballeros. Con este linaje de libros, principal fundamento de su fama, Pérez Pastor abrió nuevos horizontes en el vasto campo de nuestra historia literaria y señaló seguros derroteros á la investigación erudita, ganando por lo uno y por lo otro la admiración y el aplauso de los entendidos, dentro y fuera de España. Pero esta nueva labor no podía improvisarse; se había de hacer como Pérez Pastor la hizo: pasándose muchos meses, y aun no pocos años, oscuramente, como un minero, en el Archivo de Protocolos de Madrid, en el Histórico Nacional, en el Municipal, en los parroquiales, y, en fin, dondequiera que hay papeles viejos no bien explorados: allí donde yacían yacen bajo el polvo secular las noticias singulares y estupendas, esperando, como el Lázaro del

Evangelio y como las calladas notas del arpa de Bécquer, la mano que sabe arrancarlas y la voz que exclame: "¡Levantaos y andad!"

Sólo después de esta lenta y pacientísima preparación habrían podido componerse los libros intitulados *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos* (1901), *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII* (1901), *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca* (1905) y *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (1897 y 1902), obras estimabilísimas, especialmente la última, en cuyo segundo volumen tuve yo la honra de colaborar, revolviendo los legajos del Archivo de Protocolos de Sevilla hasta encontrar y copiar doce escrituras de Cervantes inéditas, que, seguro de hallarlas, había ofrecido á Pérez Pastor en 1898, como tributo de la admiración y el cariño que siempre sentí por amigo tan bondadoso y por trabajador tan benemérito.

Sin echar á vuelo las campanas, sino á la callandilla, como dicen, Pérez Pastor, con sus *Documentos cervantinos*, ha hecho por la fama de Cervantes y por la seria autoridad de la Historia, enemiga capital de toda leyenda y todo embuste, más que ningún cervantista de cuantos ha habido en el mundo. La admiración descaminada, que hace perder los estribos al entendimiento, nos había pintado al autor de *El Ingenioso Hidalgo*, unas veces como un justo, digno de ser puesto por santo en los altares, y otras veces como arti-

ficioso cultivador de una filosofía esotérica, *logográfica* y endiablada; los documentos de Pérez Pastor nos le pintan como era: como un hombre, con las excelencias y flaquezas de tal; de grande alma, pero con los pies en el barro del suelo. Para demostrar que, en cambio, tenía el entendimiento en las alturas, ahí quedó su dulcemente irónico *Don Quijote*, libro *divino* á fuerza de ser humano.

Desde cinco años ha, Pérez Pastor, muy resentida su salud por el exceso de sus tareas como sacerdote, como archivero-bibliotecario y, en especial, como investigador y erudito, más pensaba en la otra vida que en la presente. Así y todo, trabajaba cuanto podía, y ya enfermo dirigió la publicación y revisó las pruebas de las dos últimas partes estampadas de su *Bibliografía Madrileña*. Elegido académico de la Española, preparaba, ó, mejor dicho, intentaba escribir su discurso, en el cual había de tratar de nuestro gran épico don Alonso de Ercilla. Sabía de él muchísimas cosas que los demás ignoramos; todo lo había sacado á golpes de espiocha, á fuerza de perseverancia, de las canteras de papel apolillado y polvoriento, en donde viven á sus anchas y en continuo acecho los gérmenes de mil enfermedades.

Pero bien sospechábamos todos que no había de terminar aquel discurso cuyo tema tanto le engolosinaba el alma. Bien lo columbré yo por Julio de 1907, cuando le traje de Sevilla copiados unos interesantes manuscritos referentes al autor

de *La Araucana* y encontrados por mí en el Archivo General de Indias. Recibiéolos con lágrimas: ¡estaba persuadido de que no acabaría su trabajo!

Sintamos la muerte de Pérez Pastor como su bondad y su talento merecían; pero consuélenos la certidumbre de que ha quedado y perdurará viviendo en sus obras. Aun sin salir de este mundo, hay dos vidas para quien sabe y logra merecer más de una. Pérez Pastor lo supo y lo ha logrado. Ha muerto pobre; pero vivirá rico en nuestra memoria y en la voz de la fama. No fué él de esos egoístas y avaros, enemigos de la humanidad, que trabajan y agencian tan sólo para el heredero, quien muy luego suele dilapidar lo agenciado y allegado, á fin de que no deje de cumplirse aquel refrán que dice: "Padres ganadores, hijos caballeros, y nietos pordioseros." Pérez Pastor ha trabajado magnánimamente para todos, para la gran familia, para la cultura nacional, y los bienes y hacienda que allegó no habrá deudo manirroto que los disipe. Y cuando pasen años, y aun siglos, dirán las personas entendidas, al disfrutar las obras de Pérez Pastor, exactamente lo mismo que decimos hoy: "En componer estos provechosos libros gastó lo más de su vida un hombre sabio, modesto y laborioso. ¡Bien haya su memoria!"

(A B C, 10 de Septiembre de 1908.)

UNAS CARTAS DE LA AVELLANEDA

No recuerdo cómo lo decía cierto novelista francés; pero sí lo que decía para explicarse y explicar por qué dos locomotoras iguales, construídas por unos mismos operarios, á un tiempo mismo, en una misma fábrica, con iguales herrajes y hasta con igual número de remaches y tornillos, salen, sin embargo, de *índole* muy diversa, y mientras que la una obedece con doméstica mansedumbre á la mano del maquinista, la otra, indócil y áspera, se le resiste como caballo loco ó mal domado que no se deja regir por su jinete. Para explicarse el porqué de esta diferencia de *cualidades*, Zola buscaba una causa poética y casi casi espiritual: pensaba que la diferencia consistía en que el postrer martillazo del último remache, no ya por suave ó por fuerte, sino por una recóndita relación de simpatía entre el artífice y la máquina, infundía en la locomotora una como alma, blanda ó recia, dócil ó inobediente,

buena ó mala, que de por vida había de determinar lo que, á tratarse de personas, llamaríamos su temperamento, su carácter y su inclinación.

Lo mismo, enteramente lo mismo, suele suceder á las almas que á las locomotoras: créalas Dios en su inmenso taller; pero á las veces tuerce y fija su temple acá en el mundo el martillazo de un remache: un acontecimiento al parecer trivial, el choquecillo de una pasión de adolescentés, basta para imprimir carácter á toda una larga vida. Cuando queráis conocer el porqué de la mal velada melancolía de un anciano vuestro amigo, buscad lejos la causa, y probablemente la hallaréis en algún suceso de su remota mocedad. Huele siempre la vasija al primer vino que se echó en ella.

Esto, que á nadie interesa por lo que toca á las almas insignificantes, interesa á todos cuando se trata de aquellas superiores que por los gloriosos senderos del arte y de la ciencia llegaron á ser como partes y elementos del alma nacional, porque con ellas y en ellas todos tenemos cierto linaje de convivencia y condominio. Nadie hasta hoy llegó á saber cuál hubiese sido el martillazo moral que determinó el carácter de la insigne poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda; sus biógrafos no lo averiguaron y hablaban con extrañeza de aquella honda melancolía, de aquel negro tedio que rebosaba en las más de sus composiciones poéticas, especialmente en las juveniles. "Al lado de las ideas nobles y de la elevación de espíritu que distinguen á nuestra poetisa—escribía en 1841 su

prologuista don Juan Nicasio Gallego—, se notan ciertos suspiros de desaliento, desengaño y santidad de la vida, que harán creer al lector que son fruto de la edad madura, de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas por una larga experiencia. ¡Cuál fué nuestro asombro cuando nos encontramos con una señorita de veinticinco años, en extremo agraciada, viva y llena de atractivos!”

Más cerca de dar en el hito anduvo mucho tiempo después, en 1869, el inolvidable escritor y crítico don Juan Valera, quien, después de comparar á la Avellaneda con la altísima Victoria Colonna, y de manifestar que “ambas cantan y ensalzan en su primera juventud á algún sujeto mortal por quien sentían el más vivo afecto”, inclinábase á creer que aquélla se había visto obligada “á conservar con frecuencia su ideal en abstracto y en vago, por no poderle fijar, ni concretar, ni determinar, en persona alguna de las que ha encontrado por el mundo”.

Á desatar todas las dudas, á poner en claro de una vez y para siempre la causa de aquella tristeza y de aquel hastío, ha venido recientemente la publicación de un librito, no venal, intitulado *La Avellaneda: autobiografía y cartas de la ilustre poetisa, hasta ahora inéditas* (Huelva, 1907). Á la verdad, no basta un artículo ligero, como ha de ser el presente, para extraer bien esta inapreciable colección de cartas íntimas, en donde la autora, gentilmente sincera, vertió su apasionadí-

sima alma, con cien descuidos gramaticales, sí; pero con mil ricas exquisiteces de aquel tierno corazón y de aquel entendimiento privilegiado. Así la autobiografía (Julio de 1839) como las cuarenta cartas que la siguen (1839, 40, 43, 45, 47, 50 y 54) fueron dirigidas á mi paisano don Ignacio de Cepeda y Alcalde, descendiente de la familia de Santa Teresa de Jesús, y sujeto á quien amó, á quien adoró, luego que se conocieron en Sevilla, en cuya universidad estudiaba Jurisprudencia el afortunado joven. Tenía él entonces veintitrés años, y ella, los veintitrés que decía y dos más que ocultaba y ocultó siempre, venial pecadillo mujeril, propio de todos los tiempos y de todos los países.

Estas cartas interesantísimas, que sólo podrían serlo más si se conservasen y con ellas hubiesen salido á luz las de su inspirador, pierden en 1840 su carácter de harto apasionadas, para reducirse por entonces á una correspondencia amistosa. ¿Qué sucedió? Que el señor Cepeda no había sabido ó querido corresponder enteramente á aquel amor vehementísimo, quizá, como sospecha el discreto prologuista, “ante el temor instintivo de entregarse con armas y bagajes á aquella inteligencia poderosa, que algún día podría anularle con su superioridad indiscutible”. Pero debajo de las cenizas del desengaño continuó viva en el pecho de aquella mujer excepcional la brasa del amor, y aun alguna vez volvió á levantar llama de pavoroso incendio, verbigracia, por el otoño

de 1847, al año de muerto don Pedro Sabater, primer marido de la poetisa.

Desde hoy, gracias á la magnanimidad de la respetable señora doña María de Córdova y Govantes, viuda del señor Cepeda, que ha costeado la edición de este sabroso epistolario, y á la diligencia del docto catedrático don Lorenzo Cruz de Fuentes, que lo ha dispuesto para la estampa, no sólo anotándolo con esmero, sino escribiendo para él un prólogo y la necrología del dicho don Ignacio, no se dudará quién era *Él*, el adorado *Él* á quien la poetisa se refirió á menudo y en diversos lugares, especialmente en aquella admirable é ingenuísima composición, cuyas fáciles quintillas, leídas una vez, no se van jamás de la memoria:

Y trémula, palpitante,
En mi delirio extasiada,
Miré una visión brillante,
Como el aire perfumada,
Como las nubes flotante.

.....
¿Qué ser divino era aquél?
¿Era un ángel, ó era un hombre?
¿Era un Dios, ó era Luzbel...?
¿Mi visión no tiene nombre?
¡Ah! Nombre tiene... ¡Era *Él*!

Á que asimismo se sepa quién y cómo *era ella* por aquellos años de 1839 y 1840, en que tales quintillas escribía, he querido yo contribuir con la ilustre editora y con el señor Cruz de Fuentes, y á este efecto, contando con la bondadosa amistad del afortunado poseedor, mi buen amigo el

señor Duque de T'Serclaes, he obtenido para *A B C* copia fotográfica de un lindo retrato de la Avellaneda, inédito hasta ahora, y que hizo en Cádiz por aquel tiempo el miniaturista Moral. Toda la pasión, toda la ternura del amor vehementísimo de *la franca india*, como se llamaba á sí propia en su correspondencia la eximia cubana, están expresadas románticamente, demasiado románticamente en aquel bello semblante, y, en especial, en la mirada de aquellos ojos de mujer arrebatada y soñadora. En cierto modo, sacando á luz tal retrato, vengo á disculpar póstumamente al señor Cepeda, quien, de natural reposado y pacífico, debió de coger miedo á la exaltación de aquella alma extraordinaria.

En acabar tan dulces amores, ¿erró, ó acertó mi paisano? Sea de ello lo que fuere, justo es reconocer que todos los diversos renombres de Cepeda rico, Cepeda consejero provincial, Cepeda viajero, Cepeda consejero real de Agricultura, Cepeda alcalde de Almonte y Cepeda diputado á Cortes por la Palma, no habrían salido nunca de los estrechos límites del Condado de Niebla, en donde vivió y ha muerto, ni durado tampoco para más de dos ó tres generaciones, mientras que el renombre de Cepeda galán, de Cepeda Faón de la Safo cubana, durará cuanto dure la fama de la inmortal poetisa: siglos y siglos.

Don Ignacio de Cepeda, pues, guardando más de diez lustros, "con esmero y cariño y como oro en paño", esta autobiografía y estas cartas, guar-

daba, percatándose ó sin percatarse de ello, un título de dominio mucho más durable y precioso que los de sus cortijos y dehesas: el título que le reservaba un rinconcito, siquiera pequeño, en el augusto templo de la inmortalidad.

¡Así, muertos ambos, paga la enamorada Avelaneda á su desamorado doncel! ¡Así perfuma el sándalo al hacha que lo corta! ¡Los dioses del paganismo immortalizaban á las criaturas terrenas á quienes habían amado, llevándolas á ser astros en el cielo!

(A B C, 6 de Enero de 1909.)

XXXVI

LAS EFES DE FRANCISCA

Desde que en cierto discurso de mi venerado maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo se divulgó la noticia de que yo me ocupaba asiduamente en preparar para la estampa la segunda edición, aumentadísima, de los *Cantos populares españoles* que publiqué por los años de 1882-83, y que siendo entonces ocho mil y pico, pasarán ahora de quince mil (1), un colaborador espontáneo y anónimo que, por lo visto, viaja mucho por toda España, me remite de cuando en cuando, ya desde una provincia, ya desde otra, de las extremeñas especialmente, coleccioncitas de coplas que, sólo con ese generoso fin, recoge de la tradición oral. Yo estoy agradecidísimo á este amable *folklorista*; pero nunca he podido manifestárselo, porque no logro averiguar quién es. No certifica

(1) Y aun llegarán á veinte mil, digo, rectificando, cinco años después de escrito este artículo.